

La cuarta dimensión de Yaacov Agam

José Gordon

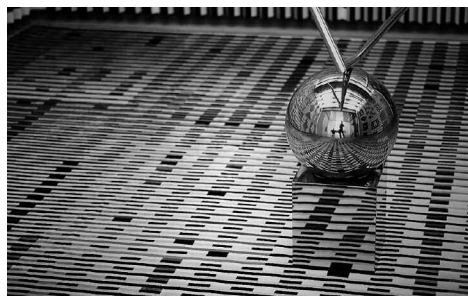
El temor a ser retratado tiene que ver con la sensación de que se atrapa el tiempo como a un insecto que queda inmovilizado entre alfileres. Por eso hay tradiciones en las que está prohibida la pintura, hacer una imagen esculpida o una fotografía. En la cultura judía, por ejemplo, en el libro del Deuteronomio se dice: “No harás para ti escultura, ni imagen alguna de cosa que está arriba en los cielos o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra”.

Así, como se puede ver en la novela *Mi nombre es Ascher Lev*, de Chaim Potok, ser pintor en un entorno ortodoxo conlleva una suerte de transgresión. Justamente en este marco se desarrolla, en la vida real, la trayectoria artística de Yaacov Agam. La obra de este creador plástico de origen israelí, considerado como uno de los fundadores del arte cinético, ha sido apreciada por imaginantes del calibre de André Breton y Max Ernst. La evolución de sus ideas del arte tiene que ver con el intento de descifrar las razones del tabú de la imagen fija.

Nadie es castigado por hacer una imagen esculpida, dice Agam. Sin embargo, en la *Biblia* de Moisés se da un castigo vinculado al Becerro de Oro, a una imagen esculpida. ¿Por qué es tan importante este concepto?

Agam lo vivió en carne propia. Nació en 1928 en el seno de una familia ortodoxa. Su padre era rabino. En este contexto, incluso el dibujo de imágenes en una servilleta era visto con severidad. Sin embargo, paradójicamente, su padre estaba abierto al mundo del arte. No se resistía a la belleza de un buen trazo. Agam trata de entender lo que su corazón de artista le dice y lo que su cultura trata de expresar. Dice Agam:

“Me tomó muchos años entenderlo. Entonces comprendí que Moisés, como un lí-



Yaacov Agam, *Kinetic Hall*

der revolucionario, quería crear una sociedad diferente a la egipcia. Esta cultura se basaba en valores que giraban alrededor de la muerte. Las pirámides son tumbas. Es una lucha por detener el tiempo, porque el tiempo es el fin, te mata. Luchas contra el tiempo. Esa sociedad —subraya Agam— también se basó en la esclavitud.

“Moisés, como líder revolucionado quiso crear una nueva sociedad basada en la vida y en la libertad. En la vida todo es movimiento y cambio. Incluso el nombre más sagrado en hebreo que es elegido para identificar a Dios —que no es el nombre Dios—, es Yavé, que significa cambio constante. Así descubrí que en realidad la pintura requiere de otras formas que expresen vida y no hacer algo estático, porque lo estático pertenece a la civilización de la muerte. Incluso ahora, cuando vemos una obra de arte, vemos algo que sucedió en el pasado, como deteniendo el tiempo. La evolución del arte, a pesar de las muchas ideas que ha incorporado, parece detener al tiempo en dos dimensiones. Luego aparecen las tres dimensiones, la perspectiva. Ahora hemos tratado de introducir el movimiento, de ilustrar el movimiento.

“Me tomó muchos años entender que la expresión ‘no hagas una imagen esculpida’ es equivalente a decir: ‘Haz algo que el mismo movimiento cambie’”.

Agam trata de ilustrar la diferencia entre tiempo congelado y tiempo vivo:

“Si me mira a mí, no ve otra cosa, si ve otra cosa, no me ve a mí. El hombre no puede ver todo. Sin embargo, al ver una pintura se pretende que todos vean todo y todos vean lo mismo. Eso no existe. Ya no es. La realidad y el arte deben dar una sensación de realidad. Eso es lo más importante para el ojo de un artista: una apreciación de la realidad”.

—¿Cómo se relaciona esto con la apreciación del tiempo y el espacio que nos da la física moderna? —le pregunto a Agam. Sus ojos se encienden:

—La relatividad de Einstein nos señala que todo es una posibilidad, depende de cómo lo veamos. Toda situación es relativa a otra situación. De acuerdo con la física cuántica la realidad no puede medirse porque todo lo que puede medirse transforma la realidad.

“Einstein toda su vida soñó con unir todas las fuerzas de la naturaleza como la energía atómica, la electromagnética, la gravedad y todas las fuerzas que cubren al universo en el flujo de un campo unificado. Esto mismo fue lo que intentó plásticamente Matisse: soñaba con plasmar en una sola expresión la línea, la forma y el color. Sólo hasta los últimos años de su vida encontró la respuesta”. Agam sonríe. Atisba el sueño de Einstein y de Matisse.

La cuarta dimensión que introduce Agam en su plástica es la del tiempo, objetos en movimiento que tratan de reproducir la armonía del desorden perfecto que respira la vida. En vez de mostrar algo que ya pasó, trata de expresar un suceso constante que al igual que el tiempo no se repita nunca. La imagen así liberada propone un diálogo espiritual: se llama flujo. ■